



Nef

2025

Nouvelles En Famille



¡Feliz Navidad!
¡Junto a los mejores
deseos para el año 2026!

En este número

“Artesanos de la Paz”: una misión para todo tiempo y todo terreno – P. Eduardo Gustavo Agín, Superior General	PAG. 3
La paz comienza por cada uno de nosotros – Papa León XIV	PAG. 7
Del Patriarcado de Jerusalén – S. B. Card Pierbattista Pizzaballa	PAG. 8
La paz ilumina el coraje – P. Jacob Biso Puliampally scj	PAG. 23
San Miguel Garicoïts y el don de la paz – P. Gaspar Fernández Pérez scj	PAG. 10
EL MENSAJE NAVIDEÑO DE LOS HERMANOS DEL NOVICIADO INTERREGIONAL SAN JOSÉ EN TIERRA SANTA Y EL DE SU MAESTRO – Boris, Martial, Salomon, Cho, Hitler, Peter, Piyapol y P. Stervin Selvadass scj	PAG. 19
Información oficial – Consejo General	PAG. 24
Los viajes del P. Etchecopar: El viaje a América del Sur (3/3) – Roberto Cornara	PAG. 25

Casa Generalicia

Via Angelo Brunetti, 27

00186 Roma

Teléfono +39 06 320 70 96

E-mail scj.generalate@gmail.com

“Artesanos de la Paz”: una misión para todo tiempo y todo terreno

«¡Maranathá!

¡Ven, Señor Jesús!»

(Ap 22,20)



Queridos betharramitas:

“¡Ven Señor Jesús!” Así concluye el Apocalipsis, el último libro de la Biblia. Esta súplica final de la Escritura no es un deseo evasivo, estático, sino *una llamada a ponernos en marcha*.

Quien espera al Señor colabora activamente con Él: trabaja, discierne y construye, sembrando ya desde ahora el espíritu de las Bienaventuranzas que hace posible la justicia, la solidaridad, el perdón y la verdadera paz.

Hace unos pocos días regresé de la visita a la Comunidad Tierra Santa, que comprende el Noviciado Interregional San José de Belén y la residencia de Nazaret. He ido allí para acompañarlos durante un mes. Quise estar junto a ellos en un tiempo en que nuestros hermanos son testigos del Reino en un ambiente todavía sujeto a conflictos armados y al desencuentro social. Los betharramitas de tierra Santa salen cada día con coraje y esperanza al encuentro de Jesús de Nazaret, amado de todos los tiempos y presente en todos los terrenos. Ellos

caminan tras la huellas del Príncipe de la Paz en un ambiente herido por la violencia. En el Evangelio, sorprende y conmueve que, al acercarse a Jerusalén, «**Jesús llorara por la ciudad**» (Lc 19,41). Su llanto no era condena, sino dolor: la ciudad amada no sabía reconocer lo que conduce a la paz. No comprendía que la paz no es ausencia de conflicto, sino **la presencia viva del Hijo**, que trae consigo la reconciliación. Nos enseñaba que la paz va de adentro hacia afuera.

En nuestro itinerario vocacional, también nosotros hemos experimentado cómo Jesús nos pacifica por dentro —al reconciliarnos con Dios y con nosotros mismos—, y esa paz interior se vuelve fecunda hacia fuera: quien ha sido pacificado se convierte en **sembrador de paz** allí donde vive, en su “posición”. Sin embargo, construir la paz encuentra resistencias, no sólo entre naciones sino en nosotros mismos. Nuevos ídolos prometen soluciones rápidas: el poder, el éxito, la polarización ideológica, la tentación del miedo o la indiferencia. Estas fuerzas reclaman nuestra adhesión y nos apartan de la lógica del Evangelio. Por eso, la vida cristiana será siempre **una lucha espiritual**: requiere vigilancia, discernimiento, fortaleza y una decisión diaria: optar por Cristo. Justamente esta lucha —libre, humilde, perseverante— es lo que nos conduce a la paz auténtica.

El Papa Francisco y su sucesor el Papa León insisten en que la paz se construye *así como un artesano trabaja la madera o el barro*: con paciencia, creatividad, constancia. Ella no nace de grandes gestos aislados, sino del cuidado de las relaciones, del diálogo, del perdón, de la renuncia a toda forma de violencia y de la búsqueda de la justicia.

La paz, para el cristiano, es **un don que pide manos**, manos capaces de modelarla cada día.

Esta visión coincide profundamente con la espiritualidad de Betharram, marcada por el “**Ecce venio**” del Hijo, que vino al mundo a hacer la Voluntad del Padre, esto es: reconciliar al mundo con Él. Para los betharramitas significa estar disponibles para la reconciliación, ser presencia humilde y cercana, aprender la mansedumbre del Corazón de Jesús y ofrecer nuestra vida como puente entre personas, culturas y realidades heridas.

La vida religiosa betharramita es un llamado a vivir como en “un taller de Paz”.

Cuando era novicio (hace muchos años) cantábamos una canción a San José que siempre recuerdo: *“Dinos lo que sientes, dinos tú José, dinos en qué piensas en ese taller, ya no cantan ángeles como allá en Belén, sólo tu martillo canta en Nazaret”*. La comunidad religiosa, como ese Nazaret de José, Jesús y María es el primer lugar donde se aprende este arte. Allí la diversidad se convierte en oportunidad y la vida común en espacio de conversión diaria. La tradición betharramita invita a vivir una fraternidad sencilla, servicial, marcada por la ternura del Corazón de Cristo.

En este “taller de paz”, los betharramitas respondemos desde nuestra consagración especial, que se manifiesta en los votos:

- **La pobreza** abre a compartir y libera del afán de poseer que divide.
- **La castidad** purifica los vínculos y crea relaciones sanas y hospitalarias.
- **La obediencia** hace posible el discernimiento comunitario y derrota el individualismo.

Además, san Miguel Garicoïts hacía rezar a diario su oración: “Dios mío no mires mis pecados sino la Congregación... dínate concederle tu Paz, ...conforme a tu voluntad, ...la única que puede pacificarla”. ¡Cuánto soñaba que sus hijos se convirtieran en religiosos *dóciles y disponibles*, “sin reservas”, listos para ir donde la Iglesia los necesite!. Esta **disponibilidad** es también artesanía de la paz: *implica renunciar a las propias seguridades para ser instrumentos de unidad, al estilo del Corazón traspasado de Jesús*.

Sabemos que el carisma betharramita se despliega allí donde nos llaman los superiores para el servicio del Reino, especialmente en la misión educativa, pastoral y social. Allí los religiosos y laicos –que beben de la misma fuente– se encuentran con las heridas del pueblo: violencia, rupturas familiares, pobreza, desesperanza, divisiones... *Ser artesanos de la paz significa acompañar con paciencia, promover el respeto y la justicia, defender a los vulnerables, enseñar*

a perdonar y a dialogar, iluminar con la Palabra y sostener la esperanza.

El mundo actual necesita testigos así: personas que, con la discreción y cercanía propias de un buen betharramita, sepan unir en vez de dividir, construir en vez de destruir, sanar en vez de juzgar. Artesanos que no busquen protagonismo, sino servir desde la sencillez; que no impongan, sino que acompañen; que no se cansen de tender puentes incluso allí donde parecen imposibles.

La paz que queremos construir los hijos de San Miguel Garicoits nace del costado abierto de Jesús, donde aprendemos que la verdadera fuerza es el amor entregado. De ese Corazón brota la misión betharramita: ser presencia humilde, reconciliadora, cercana; vivir y enseñar el arte de la paz.

Que el Señor abra nuestros ojos para reconocer lo que conduce a la paz y nos haga verdaderamente **artesanos de su Reino**, disponibles y fraternos, al estilo de los verdaderos discípulos de Jesús anonadado y obediente.

¡Que el niño de Belén los bendiga!

P. Gustavo Agín scj
Superior General

Para la reflexión comunitaria

1. ¿Qué obstáculos internos o comunitarios nos impiden reconocer hoy “lo que conduce a la paz”?
2. ¿Qué ejemplos de “constructores de Paz en tiempos difíciles” haz conocido en tu experiencia como betharramita (sean laicos, religiosos, etc)? Compártelos con tus hermanos.
3. ¿Qué gestos sencillos podríamos cultivar en lo cotidiano de la misión para convertir nuestras comunidades y obras en auténticos talleres de paz?



A LOS REPRESENTANTES DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN
(12 de mayo de 2025)



La paz comienza por cada uno de nosotros, por el modo en el que miramos a los demás, escuchamos a los demás, hablamos de los demás; y, en este sentido, el modo en que comunicamos tiene una importancia fundamental; debemos decir “no” a la guerra de las palabras y de las imágenes, debemos rechazar el paradigma de la guerra.

Artesanos de la Paz

Del Patriarcado de Jerusalén

S.B. Card. Pierbattista Pizzaballa

Extractos de la carta del 5 de octubre de Su Beatitud a toda la Diócesis del Patriarcado Latino de Jerusalén

Queridísimos hermanos y hermanas,
¡Que el Señor os dé la paz!

En estos dos últimos años la guerra ha absorbido gran parte de nuestra atención y energía. Lamentablemente, es conocido por todos lo que ha sucedido en Gaza. Continuas masacres de civiles, hambre, desplazamientos repetidos, dificultades de acceso a hospitales y atención médica, falta de higiene, sin olvidar a quienes están detenidos contra su voluntad.

Sin embargo, por primera vez, las noticias hablan finalmente de un posible nuevo capítulo en la historia: la liberación de los rehenes israelíes, de algunos prisioneros palestinos y del cese de los bombardeos y de la ofensiva militar. [...]

[...] El cese de las hostilidades es solo el primer paso –necesario e indispensable– de un camino insidioso, en un contexto que sigue siendo problemático.

[...] La falta de claridad sobre las perspectivas futuras, que aún están por definir, también contribuye a la sensación de desorientación y aumenta el sentimiento de desconfianza. Pero es precisamente aquí donde, como Iglesia, estamos llamados a pronunciar una palabra de esperanza, a tener el valor de crear una narrativa que abra horizontes, que construya en lugar de destruir, tanto en el lenguaje que usamos como en las acciones y gestos que llevaremos a cabo.

No estamos aquí para hacer pronunciamientos políticos ni para ofrecer una interpretación estratégica de los acontecimientos. El mundo ya está lleno de palabras similares, que rara vez cambian la realidad. Nos interesa, en cambio, una visión espiritual que nos ayude a permanecer firmes en el Evangelio. Esta guerra,

de hecho, interpela nuestras conciencias y suscita reflexiones, no solo políticas sino también espirituales. La violencia desproporcionada a la que hemos asistido hasta ahora ha devastado no solo nuestro territorio, sino también el alma de muchas personas, en Tierra Santa y en el resto del mundo. La ira, el rencor, la desconfianza, pero también el odio y el desprecio dominan con demasiada frecuencia nuestros discursos y contaminan nuestros corazones. Las imágenes son devastadoras, nos conmueven y nos confrontan a lo que San Pablo llamó “el misterio de la iniquidad” (2Tes 2,7), que supera la comprensión de la mente humana. Corremos el riesgo de acostumbrarnos al sufrimiento, pero no debe ser así. Cada vida perdida, cada herida infligida, cada hambre soportada sigue siendo un escándalo a los ojos de Dios.

El poder, la fuerza y la violencia se han convertido en el criterio principal sobre el que se basan los modelos políticos, culturales, económicos y, tal vez, incluso religiosos de nuestro tiempo. Hemos escuchado repetidamente en estos últimos meses que hay que usar la fuerza y solo la fuerza puede imponer las elecciones correctas. Solo con la fuerza se puede imponer la paz. Desafortunadamente, la historia no parece habernos enseñado mucho. Hemos visto en el pasado lo que produce la violencia y la fuerza. Por otro lado, sin embargo, en Tierra San-

ta y en el mundo, hemos presenciado y vemos cada vez más a menudo, la reacción indignada de la sociedad civil ante esta arrogante lógica de poder y fuerza. Las imágenes de Gaza han herido profundamente la conciencia común de derechos y dignidad que habitan en nuestro corazón.

Este tiempo también ha puesto a prueba nuestra fe. Incluso para un creyente, vivir con fe en estos tiempos difíciles no ha sido fácil. A veces percibimos dentro de nosotros, una fuerte distancia entre la crudeza de los dramáticos acontecimientos, por un lado, y la vida de fe y oración por el otro. Como si estuvieran alejados el uno del otro. Además, el uso de la religión, a menudo manipulada para justificar estas tragedias, no nos ayuda a abordar el dolor y el sufrimiento de las personas con un espíritu reconciliado. El odio profundo que nos invade, con sus consecuencias de muerte y dolor, constituye un desafío no menor para quienes ven en la vida del mundo y de las personas un reflejo de la presencia de Dios.

Solos, no lograremos comprender este misterio. Con nuestras propias fuerzas, no lograremos afrontar el misterio del mal y resistirlo. Por eso siento una llamada, cada vez más apremiante, a mantener la mirada fija en Jesús (cf. Heb 12,2). Solo así lograremos restablecer el orden en nuestro interior y mirar la realidad

con ojos diferentes.

Y junto a Jesús, como comunidad cristiana, queremos recoger las muchas lágrimas de estos dos años: las lágrimas de quienes han perdido a familiares, amigos, asesinados o secuestrados, de quienes han perdido su hogar, trabajo, país, vida, víctimas inocentes de un ajuste de cuentas cuyo final aún no se vislumbra.

El conflicto y la rendición de cuentas han sido la narrativa dominante de estos últimos años, con la inevitable y dolorosa consecuencia de las tomas de posición. Como Iglesia, la rendición de cuentas no nos pertenece, ni como lógica ni como lenguaje. Jesús, nuestro maestro y Señor, hizo del amor que se hace don y perdón, su elección de vida. Sus heridas no son una incitación a la venganza, sino a la capacidad de sufrir por amor.

En estos tiempos dramáticos, nuestra Iglesia está llamada, con la mayor energía posible, a dar testimonio de su fe en la Pasión y Resurrección de Jesús. Nuestra decisión de permanecer, cuando todo nos llama a partir, no es un desafío sino permanecer en el amor. Nuestra denuncia no es una ofensa a las partes, sino la solicitud de atreverse a un camino distinto al de la confrontación. Nuestra muerte ocurrió bajo la cruz, no en un campo de batalla.

No sabemos si esta guerra realmente

terminará, pero sabemos que el conflicto continuará, porque las causas profundas que lo alimentan aún necesitan ser abordadas. Incluso si la guerra terminara ahora, todo esto y mucho más constituiría una tragedia humana que requerirá mucho tiempo y mucha energía para restablecerse. El final de la guerra no marca necesariamente el comienzo de la paz. Pero es el primer paso indispensable para comenzar a construirla. Nos espera un largo camino para reconstruir la confianza entre nosotros, para dar concreción a la esperanza, para desintoxicarnos del odio de estos años. Pero nos comprometemos en este sentido, junto a los muchos hombres y mujeres que aún creen que es posible imaginar un futuro diferente.

La tumba vacía de Cristo, ante la cual nuestro corazón ha permanecido en espera de la resurrección como nunca en estos dos años, nos asegura que el dolor no será para siempre, que la espera no será defraudada, que las lágrimas que riegan el desierto harán florecer el jardín de Pascua.

Como María Magdalena, ante ese mismo sepulcro, nosotros queremos seguir buscando, aunque sea a tientas. Queremos persistir en la búsqueda de caminos de justicia, de verdad, de reconciliación, y perdón: tarde o temprano, al final de ellos, encontraremos la paz del Resucitado. Y como ella, queremos impulsar

a otros a recorrer estos caminos, para que nos ayuden en nuestra búsqueda. Cuando todo parece querer dividirnos, nosotros expresamos nuestra confianza en la comunidad, en el diálogo, en el encuentro, en la solidaridad que madura en caridad. Queremos seguir proclamando la Vida Eterna, más fuerte que la muerte, con nuevos gestos de apertura, de confianza, de esperanza. Sabemos que el mal y la muerte, por muy poderosos y presentes que estén en nosotros y a nuestro alrededor, no pueden eliminar ese sentimiento de humanidad que pervive en el corazón de cada uno de nosotros. Son muchas las personas que en Tierra Santa y en el mundo se están involucrando para mantener vivo este deseo de bien y se comprometen a apoyar a la Iglesia de Tierra Santa. Y les damos las gracias, teniéndoles presentes a todos ellos en nuestras oraciones. “Rodeados de tal multitud de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante, fijando la mirada en Jesús” (Heb. 12,1-2).

En este mes, dedicado a la Santísima Virgen, queremos orar por esto. [...]



La paz ilumina el coraje

P. Jacob Biso Puliampally scj

Residencia de Nazareth

"Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor" (Lc. 2, 14). La paz es el primer regalo que los seres humanos han recibido al nacer Jesús. Un regalo muy valioso que los seres humanos han estado buscando durante siglos. El miedo que es inherente y profundo, los ha hecho demasiado propensos a perder la paz. Nada más llegar a Belén, fui a visitar el lugar del nacimiento de Jesús donde todo comenzó. Cada vez que caminaba por las calles, miraba el rostro de las personas y observaba que había miedo, ansiedad y odio. Miedo a ser atacados y perder la vida en cualquier momento; ansiedad por la incertidumbre causada por el coste de la vida y las dificultades sociales; odio provocado por los diferentes valores religiosos, las diferentes interpretaciones y prácticas. Yo también me vi afectado. Tenía miedo de moverme libremente. El miedo aumentó cuando una noche presenciamos el ataque con misiles contra Israel, que fueron interceptados y destruidos por la Cúpula de Hierro sobre el cielo de nuestra casa en Belén. El sonido

y las vibraciones causadas por todas estas explosiones me quitaron el coraje y la paz. Probé muchos métodos para recuperarlos, pero no lo conseguí hasta que hubo un punto de inflexión.

Cuando estuve en la parroquia para una experiencia pastoral a Efraím/Taybeh (se trata de uno de los pueblos mencionados en el Evangelio de Juan (Jn. 11, 54), el ambiente parecía pacífico y sereno, pero hubo algunas conversaciones, incidentes y situaciones confusas. Con asombro me di cuenta de que estaba tratando de ocultar o huir de la secular verdad: tenía miedo: "El miedo me ha abrumado". Deseaba palabras de consuelo o una señal de Dios. No recibí ninguna de las dos cosas. Pensé en la gente de Gaza y empecé a rezar por ellos. Oré por los niños inocentes que sufren y mueren de hambre. Siempre quise hacer algo por ellos, pero tenía miedo y el miedo me impidió hacer algo por ellos.

Hubo una pequeña disputa entre dos tribus y personas de rito diferente en Taybeh. Nosotros, los sacerdotes,



El P. Chan Kunu scj, Consejero General, (izquierda) llegó de Tailandia en noviembre y acompañará al P. Jacob en la misión hasta febrero de 2026.

nos reunimos, hablamos y logramos resolverla. Este incidente me dio un poco de coraje para hablar y comunicarme con la gente. Mi interacción con los niños, los jóvenes y los ancianos empezó a mostrar algunos signos de paz. También estaba muy feliz de hacer el ministerio para los ancianos en “Bethil Musanneen”, la casa para ancianos en la parroquia. Empecé a sonreír felizmente y a cantar con la gente hasta que sucedió algo.

La primera semana de julio de 2025 fue una semana desgarradora. Uno de los jóvenes del grupo de los co-

lonos judíos que había venido a pastorear las ovejas, prendió fuego que se extendió y quemó tres o cuatro olivos. El alcanzó las sagradas ruinas de una iglesia del siglo IV. Este hecho fue interpretado como un ataque deliberado por parte de los colonos judíos. La rabia, el odio y la intensidad de la violencia se duplicaron. Dos días después del incidente, mientras caminaba hacia la casa de reposo que está a 2 kilómetros de la iglesia, un vehículo se detuvo frente a mí y me pidió que subiera. Estaba temblando de miedo al ver las pistolas en sus manos. Entré, me pre-

guntaron: “¿Quién eres? ¿Por qué caminas aquí? ¿Qué estás haciendo aquí?”. No pude decir nada a causa de mi miedo. Pensé que era el final de mi vida. Después de mucha lucha, les dije “Vengo de la India y hago servicio social con los ancianos aquí en la casa de reposo”. Después de diez minutos de preguntas y respuestas en el vehículo, me preparé para ser un mártir. En este momento empecé a disfrutar de una especie de paz y coraje. El vehículo se detuvo de repente en un lugar desierto y, con mi sorpresa, me pidieron que bajara del

vehículo y que me alejara sin mirar atrás. Caminé lentamente con paz y coraje en mi corazón. Sigo caminando por la vida. No estoy seguro de nada. ¿La guerra terminará? ¿La situación política, social y económica cambiará? Sobre todo, ¿terminará el odio entre las personas? No sé nada al respecto, pero estoy convencido de algo: la promesa de paz de Dios es un regalo seguro y la paz genera el coraje en nosotros. El coraje de dar nuestra vida por Cristo. ■

San Miguel Garicoïts y el don de la paz

P. Gaspar Fernández Pérez scj

Residencia de Belén

La paz es uno de los doce frutos del Espíritu, que «son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna. La tradición de la Iglesia enumera doce: “caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad” (Ga 5, 22-23)» (Cat. E.C. n. 1832).

Si seguimos la reflexión de nuestro Padre Miguel Garicoïts sobre este don de la paz descubrimos lo siguiente:

“Lo que hace la gracia es hacernos sentir o hacernos creer en nuestras necesidades; nos hace pensar en el Padre que nos mira y nos hace acudir a él, para que encontremos en él la serenidad y la paz” (DS § 294). Podemos descubrir también que el abandono a la Providence es “la condición única, pero infalible para el merito, la solidez, y la paz” para actuar al servicio de Dios y de los hombres (§ 38). Si falta esta condición del abandono a Dios... “sólo logramos la paz que da el



mundo y recibimos aquí, en la tierra, nuestra recompensa” (§ 38) Y no hay que esperar nada más. Finalmente, descubrimos que «Jesucristo quiere que vivamos y muramos en paz. “No se inquieten”, nos dice. Desde su venida, la paz está asegurada a toda alma de buena voluntad. ¿Acaso no lo cantaron los ángeles en el pesebre de Belén? Gloria a Dios y paz a los hombres de buena voluntad. Para éstos, la salvación está asegurada.» (§ 77)

La paz consiste en mantener la calma en medio de situaciones contradictorias, es cumplir con celo redoblado sus deberes diarios y después, espera

en paz: será lo que Dios quiera. «¡Ah! ¡Si ésa fuera la disposición reina, si ése fuera el sentimiento rey! Seríamos pacíficos, felices en esta vida y por todas partes repartiríamos felicidad. “Felices los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios” (Mt. 5,9). Estaríamos, en los brazos del Padre celestial, como verdaderos hijos que cumplen con su deber, en la medida y de la manera que él quiere...» (§ 77)

La paz consiste en mostrar en nuestra conducta que caminamos y perseveramos en el camino trazado por el mismo Dios, sin inquietarnos por lo que pueda sucedernos y por lo que

puedan hacer los hombres, “con tal de hacer lo que Dios quiere, con tal de que Dios esté contento” (§ 38). “Si mostramos en nuestra conducta esa calma estamos bien orientados” (§ 38). “¿No se dan cuenta de la gran lección escrita en las entrañas mismas de la historia, a saber, que sólo hay una cosa que hacer: la voluntad de Dios, en todo, por todas partes, siempre, prontamente, con alegría; y que ésta es la única fuente de paz y de bien?” (§ 77)

San Miguel Garicoits nos indica las actitudes que nos disponen a acoger el don de la paz: Primero, conocer la humildad de Jesús, que se anonadó diciendo: “Padre, aquí estoy, como una nada, digno de ser aplastado, crucificado. La clara conciencia de su nada lo tiene inmerso en la más profunda humildad y le hace saborear, en su anonadamiento, la paz y la felicidad” (§ 56).

Segundo, buscar y abrazar las situaciones de humillación de nuestro Maestro, fuente de paz, de honor y de poder!...aceptando cargar con las cruces providenciales, “las pruebas inherentes a todo cargo y que Dios envía y que quiere en todas las posiciones” (§ 108). “Evitar las impresiones y razonamientos de nuestra imaginación que no hacen más que inquietarnos, y renunciar a las inclinaciones

que nos degradan (§ 294).

“Tercero, en este estado de amor y de entrega a la voluntad divina, escondida bajo apariencias mortales, tenemos que buscar la alegría, la paz, el éxito” (§ 207). “¡Qué felicidad! ¡qué paz interior, sin importar el rumbo que toman las cosas! Entonces, no seremos como una casa edificada sobre arena” (§ 242). Entonces nuestro carácter, nuestra humanidad y nuestra conducta han de tener como fundamento la roca y no la arena.

San Miguel Garicoits es muy concreto y nos indica situaciones de la vida en las que podemos encontrar la paz:

La paz es garantía de unidad y se hace oración por la congregación a punto de desaparecer un año antes de su muerte. “Dígnate concederle tu Paz. Esa única Paz que, según tu voluntad, pueda pacificarla y unir estrechamente a todos los que la componen entre sí, con sus superiores y con tu divino Corazón, para que sean uno, como Tú eres uno con tu Padre y el Espíritu Santo” (§ 281).

Tenemos que buscar la paz en la posición en la que vivimos y no en otra aparte. “¡Oh, Hermana, qué importante es tener esta actitud! ¡Pobre instrumento! ¡Cuánto bien haría si, siguiendo fielmente el movimiento de la mano que se digna dirigirla, sin

adelantarse, poniendo su confianza sólo en ella, pero una confianza ilimitada en esa divina mano, procediera de una manera digna de su vocación y de su misión, es decir, siendo y mostrándose siempre, en todo, humilde, mansa, paciente, soportando los caracteres más difíciles con caridad, trabajando con un cuidado infinito para conservar la unidad en un mismo espíritu por el vínculo de la paz!" (§ 340)

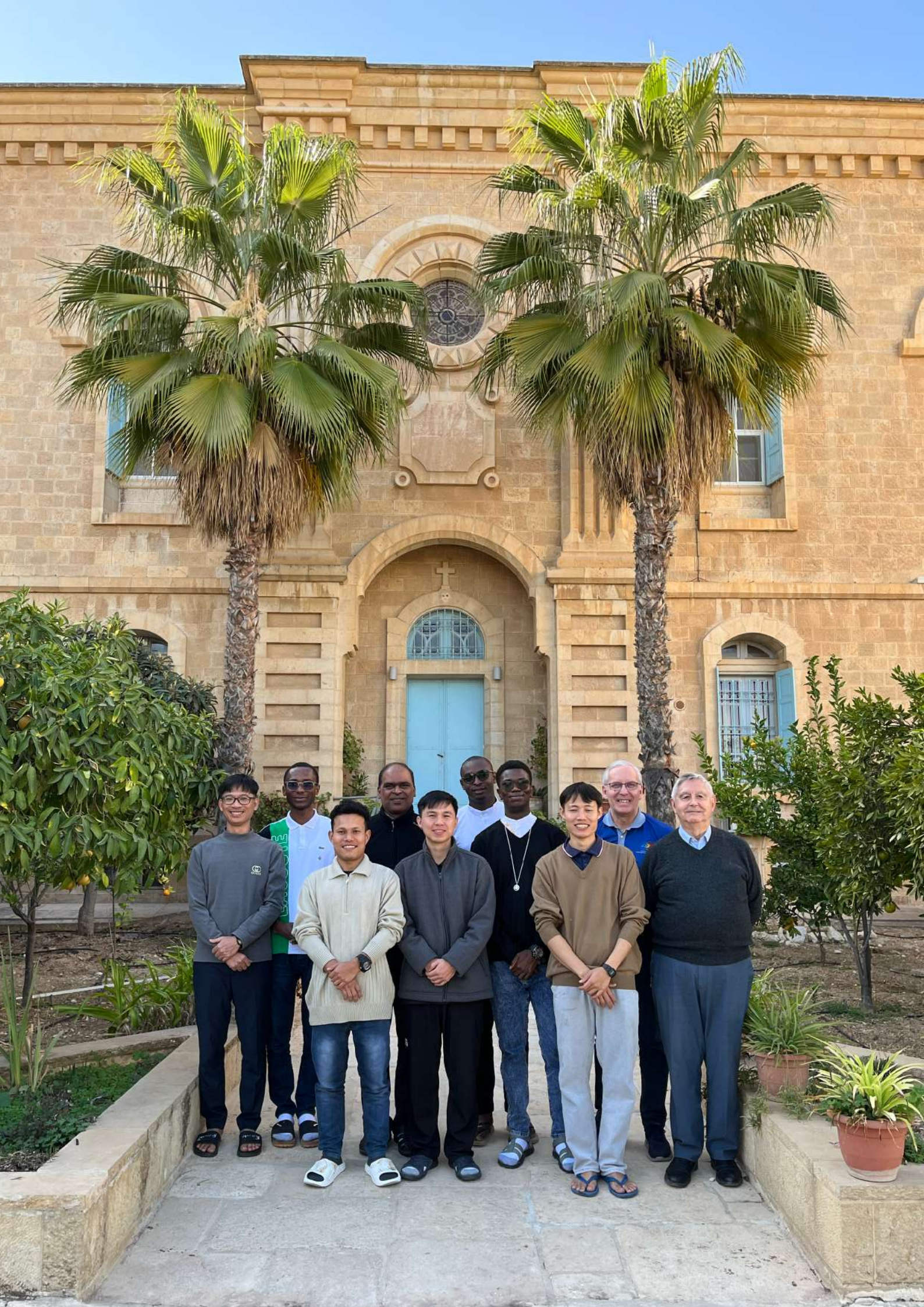
Tenemos que amar nuestra vocación y nuestra misión al realizar nuestras obligaciones porque eso nos conduce a la paz y a la alegría. *"Una estima sincera de nuestra vocación y de nuestra misión; hay que tener una efectiva y habitual disposición interior para cumplir todos deberes de esta hermosa posición, como auténticos sacerdotes auxiliares, según nuestras reglas y como verdaderos instrumentos del Sagrado Corazón de Jesús. Con este espíritu, llegarán todos los bienes: el gusto por nuestro estado, la fidelidad a todos los deberes de nuestro estado, en fin, paz y satisfacción en nuestro estado."* (DS § 338)

Encontrar la paz en la misión a la que nos ha enviado la obediencia. *"El fin de la Sociedad es dedicarse a formar hombres capaces, desprendidos, siempre bajo la mirada y a disposición del superior, idóneos, expedi-*

tos, expósitos, para trabajar para la misión, en el momento y en un lugar indicado; y trabajar, después, en el ámbito de la obediencia, con energía impense (sin calcular); y, después, terminada la misión, volver en paz y feliz, y prepararse para nuevos compromisos. ¡Qué desgracia sería salir de este camino, para encomendarse a sí mismo una misión!" (§ 347)

San Miguel asegura la paz y la felicidad a quienes utilizan en el discernimiento su *"Método para buscar y encontrar la voluntad de Dios"*. *"No se aleje nunca de estas prácticas, y le aseguro que será tan feliz como posible en el tiempo y la eternidad. Es también el gran medio, el medio más eficaz para ser felices. La manera de ser feliz y hacer felices a otros, es lo que le desea su seguro servidor"* (Cor. T.I, carta n. 44).

La espiritualidad de San Miguel Garicoits tiene siempre en cuenta tanto la dimensión interior como la exterior. La paz en las relaciones externas con los demás, en la comunidad o en la misión, será siempre una extensión de la paz interior, la paz del corazón. Felices los que tienen el corazón puro, porque verán a Dios. *"Felices los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios"* (Mt. 5, 8-9) ■



El mensaje navideño de los hermanos del noviciado interregional San José en Tierra Santa y el de su Maestro

El desafío de la paz en Tierra Santa | Boris, Martial y Salomon

Hablar de la paz en Tierra Santa no puede limitarse al simple análisis del conflicto israelí-palestino. Ciertamente, las soluciones políticas y sociales son necesarias y urgentes, pero siguen siendo insuficientes para conducir, por sí solas, a una verdadera reconciliación. En efecto, la paz humana, siempre frágil y limitada, no puede arraigar por mucho tiempo, si no es alimentada por una dimensión más profunda, espiritual, interior y divina. Así, la Tierra Santa, cuna de la Encarnación, nos recuerda sin cesar que la paz verdadera supera las estrategias humanas y los acuerdos diplomáticos. Es, ante todo, un don recibido, antes de ser un proyecto construido por nuestros esfuerzos. En la noche de Navidad, el anuncio hecho a los pastores proclama: *"Paz en la tierra a los hombres que Él ama"* (Lucas 2,14). Esta proclamación no es un simple voto o un deseo lejano, revela que la paz es, ante todo, un regalo divino ofrecido a la humanidad en el momento en que el Verbo se hace carne. Así, la paz cristiana no es la simple ausencia de con-

flicto, sino una armonía profunda entre Dios y el hombre, entre el cielo y la tierra. En otras palabras, la paz no es un concepto, sino una persona. Cristo mismo, aquel que reconcilia y atrae hacia la unidad verdadera.

Esta paz se traduce concretamente en la concordia y la unidad, como subraya la oración del fundador: *"Dios mío, no mires mis pecados, sino la congregación que concibió y formó tu sagrado corazón. Dígnate concederle tu paz, esa única paz que, según tu voluntad, pueda pacificarla y unir estrechamente a todos los que la componen entre sí, con sus superiores y con tu divino corazón, para que sea uno, como tú eres Uno con tu padre y el Espíritu Santo. Amén, fiat, hágase."* (DS § 281). Esta oración pone de manifiesto que la paz verdadera se encarna siempre en relaciones justas, en la reconciliación vivida y en la unidad fraternal. La Tierra Santa, lugar donde el amor de Dios se hizo carne, recuerda que la paz nunca es un ideal desencarnado: toma forma en el respeto, la misericordia y la justicia vivida en el día a día. Así, llama a una armonía real, en las familias, en las comunidades y entre los pueblos.

Cristo, fuente de toda paz, nos llama a convertirnos nosotros mismos en testigos y artífices de la reconciliación, capaces de atraer a los demás hacia Dios por nuestra manera de vivir, de amar y de perdonar. Así, la Tierra Santa, el lugar donde el amor de Dios se ha encarnado, sigue siendo el signo de que la paz es realmente posible, no sólo en esta tierra herida, sino en cada corazón que acoge el don divino. Así, queridos hermanos betharramitas, en esta Navidad en la que Jesús viene a ofrecernos

su paz, os deseamos recibirla como nuestro fundador San Miguel Garicoïts amaba transmitirla: “con un corazón sencillo, alegre... ¡y bondadoso!” Que el nuevo año nos encuentre fraternalmente unidos, capaces de reírnos de nosotros mismos, y siempre dispuestos a “hacer el bien, y a hacerlo bien, y con todo nuestro corazón”. Que la paz del Sagrado Corazón nos acompañe en cada paso, incluso los más fatigados.

¡Feliz Navidad y feliz año a todos! ■

Que la estrella de la paz se levante y prevalezca sobre Tierra Santa | **Cho, Marak, Peter y Piyapol¹**

Ninguno de nosotros se siente ajeno a Tierra Santa. Habiendo estado aquí tres meses o incluso un año, hemos visto los diferentes desafíos y tragedias que tienen lugar aquí. A partir de nuestra experiencia, nos gustaría compartir algunos de los problemas, las tensiones y los diferentes desafíos que se han convertido en barreras que obstaculizan la paz y la alegría de la gente de aquí.

Como sabemos, Tierra Santa es la tierra prometida donde nació el Sal-

vador, un lugar también llamado la “cuna de la paz”. Y es aquí donde tuvo lugar el primer anuncio de los ángeles a los pastores. Dicen las Escrituras: “*Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*” (Lc 2, 14). Cristo vino a traer la paz a la humanidad. Y cuando Jesús se apareció a sus apóstoles después de su resurrección, dijo: “*La paz esté con vosotros*” (Lc 24, 36). Cristo pretendía que sus apóstoles continuaran llevando su paz a todas las naciones. Pero, ¿es esta la verdadera paz que los hombres reconocen en Jesús o es el hombre el que permanece inmerso en la oscuridad de su propio pecado?

1) El Hno Piyapol es un novicio de 2º año.



Durante mucho tiempo, la gente de aquí ha estado buscando sus propios derechos y libertad. No se consigue fácilmente, pero es posible cuando se priorizan la justicia, la seguridad y la dignidad humana para todas las personas. Esperamos que la llama de la paz, que arde silenciosamente dentro de ellos, resplandezca para que puedan reconocer el valor de la paz. Esto presenta un desafío para la Iglesia Católica a fin de llevar la paz que Jesús ofrece a la gente. Si bien esta tarea es desafiante y difícil, la Iglesia se ha mantenido fuerte y valiente clamando por la verdadera paz. El espíritu de un pacificador nunca falla en el servicio que la Iglesia presta aquí. Lo vemos en nuestro fundador, San Miguel, que se enfrentó a muchos conflictos y pro-

blemas; tuvo que obedecer las órdenes de los obispos que tenían diferentes opiniones sobre la razón de ser de la congregación. Él mismo se sintió profundamente turbado por esto, pero finalmente aceptó la voluntad de Dios y esperó humildemente con una actitud de paz. Y Dios se encargó que todo sucediera.

Muchas lecciones existenciales suceden así. A veces, el camino hacia la paz parece desaparecer de nuestras vidas. Pero si aceptamos las cosas con humildad, encontraremos la paz. Paz que viene del someterse a la voluntad de Dios.

El Patriarca Latino de Jerusalén nos insta a buscar sin descanso el camino de la justicia, la verdad, la reconcilia-

ción y el perdón. Pongamos nuestra confianza y esperanza en Dios para que un día la alegría y la paz prevalezcan de nuevo en esta Tierra Santa.

Desde la comunidad de Belén, junto con los padres y todos los novicios, les deseamos a todos una Feliz Navidad, llena de paz y alegría. Que cada uno de nosotros sea un pesebre de paz,

alimentando esa paz para nosotros mismos y transmitiendo su calor a aquellos que aún no han encontrado su paz. Que la llama de la paz brille intensamente en el corazón de cada miembro de nuestra congregación para que podamos dar la bienvenida a una Navidad pacífica y santa junto al Príncipe de la Paz, el Emmanuel. ■

Recemos por nuestros seis novicios y por sus formadores en Tierra Santa. Juntos han iniciado la Primera semana de EE.EE. de San Ignacio del 10 al 20 de diciembre.

Que Jesús de Nazaret les revele su rostro misericordioso y los anime a entregarse a Él de todo corazón.

Salom | P. Stervin Selvadass scj, Maestro de novicios

Estoy en Tierra Santa desde hace tres años. Cada vez que salgo de nuestra comunidad, me encuentro con gente de lugares tales como Belén, Jerusalén, Nazaret y otros. En nuestro caso, siendo de diversas culturas, nos saludamos diciendo *"hola, buenos días, que tengas un buen día"* y así sucesivamente. Pero, la gente en Tierra Santa, independientemente de su fe, se saluda diciendo "SALAM ALAYKUM (árabe) - LA PAZ SEA CONTIGO" o SALOM (hebreo) - PAZ. ¡Qué maravillosos saludos tradicionales!

También hay otros aspectos culturales de Tierra Santa que me han impactado. Me gustaría mencionar tres características particulares que realmente muestran el corazón de la gente de Tierra Santa.

- El saludo de Shalom significa plenitud, totalidad, armonía y bienestar...
- Siempre que proponemos algo o cuando hablamos del futuro, dicen «IN SHA ALLAH» - que significa: si Dios quiere o si Dios desea. Muestra el profundo deseo de Dios... El Dios de la Paz. *"Porque Dios quiere la Paz y no el desorden"* (1 Cor 14:33).

- Durante estos momentos de conflicto, cada vez que visité Jerusalén, identificándome como extranjero (Indio), la gente de Jerusalén me dice “*Oren por Jerusalén*” (Salmo 122, 6). Lo repiten porque están convencidos de que cuando hay paz en Jerusalén; hay paz en todo el mundo. Cuando no hay paz en Jerusalén; no hay paz en el mundo. Sí, la paz en Jerusalén ofrece esperanza – en el año de la esperanza –, la ofrece para todo el mundo.

Estas son las señales de que la gente en Tierra Santa siempre desea a Dios y busca Su Paz. Desean estar a salvo de todas las complicaciones, peligros, preocupaciones, etc.

La paz es muy importante.

La paz permite a las personas de diferentes religiones en Tierra Santa adorar libremente y emprender con seguridad las peregrinaciones.

La paz respeta la vida; protege a los niños, familias y comunidades inocentes; proporciona empleos seguros y eleva los estándares de vida de la gente del lugar.

La paz fomenta el desarrollo en el comercio, la tecnología, la educación, el turismo, etc.

Nos preparamos para el nacimiento del “Príncipe de la Paz” - Is 9:6»; sigamos orando por la paz y hagamos todo lo posible por vivir en paz unos con otros. Mis mejores deseos para todos ustedes desde el lugar donde nació Jesús. Que la Paz de Cristo reine en sus corazones. ■



Reunión del Consejo General del 24-25 de noviembre

● Región San Miguel Garicoïts

El Superior General, con el consentimiento de su Consejo, aprobó:

- la **presentación al ministerio diaconal a Hno Fabian Mahan, Hno. Cheghe Constant, Hno. Eric Touré, Hno. Toussaint Tah Kouamé**; la ceremonia está prevista para el 18 de enero de 2026 en Dabakala (Costa de Marfil).

También se aprobaron, con el parecer del Consejo:

- el nombramiento del **Hno. Angelo Sala scj como Superior de la Comunidad Saint-Michel de Bouar** (Vicariato de África Central), a partir del 24 de noviembre de 2025, para un 2º mandato.
- la **aceptación de las parroquias de San Pedro en el Huerto y Cristo Rey en Massa Marittima** (Diócesis de Massa Marittima-Piombino, Vicariato de Italia); el cuidado pastoral está confiado a dos religiosos que formarán parte de la comunidad de Pistoia.

El Superior General ha concedido al Superior Regional una excepción al artículo 227 que le autoriza a no celebrar el Capítulo Regional intermedio

y a sustituirlo por un itinerario de reflexión alternativo que involucrará a todas las comunidades.



● Región P. Augusto Etchecopar

El Superior Regional comunicó la admisión a la **primera profesión de dos novicios paraguayos, H. Fredy Trinidad Alcaraz y H. Osvaldo Cristaldo Gimenez**.

Los hermanos proesaron por un año y la celebración tuvo lugar el 13 de diciembre en Adrogué (Argentina).

In memoriam

Benin | El 21 de noviembre, falleció la **S.ra Lucie Assé**, de 81 años, madre del P. Sylvain Hounkpatin Dansou scj. Expresamos nuestras condolencias al P. Sylvain y lo acompañamos con nuestras oraciones por su querida madre y su familia.

El viaje a America del Sur ^(3/3)

3 de noviembre de 1891 - 27 de mayo de 1892

San José, San Juan Bautista, Montevideo

Al día siguiente de la llegada de P. Etchecopar a Buenos Aires, comenzaba en el Colegio San José el nuevo año escolar. El 4 de marzo, en la capilla, el P. Magendie presidía la ceremonia oficial de apertura de los cursos y el P. Etchécopar era invitado a expresar su bienvenida a los estudiantes en breves palabras. El día 19, en la fiesta de San José, patrono del colegio, presidía la solemne celebración en la capilla del colegio.

El 20 de marzo salió de San José y se dirigió a la residencia de la iglesia de San Juan, donde permanecería durante una semana. La comunidad, además del servicio religioso de la iglesia, también está a cargo de la capellanía de las Clarisas Capuchinas, cuyo convento es adyacente a la residencia de los padres. *"Aquí me reencuentro con los comienzos del P. Garicoits y con una de las tantas obras a*



Iglesia San Juan Bautista de Buenos Aires en su aspecto primitivo y como la conoció P. Etchecopar.

las que dedicó su vida y a la cual Dios otorgara una fecundidad maravillosa... Mientras nuestros Padres conservan el espíritu de sacrificio en su más alto grado entre santas religiosas dedicadas

a una gran austeridad y a la vida de continua contemplación, ellos no desatienden el apostolado de las almas, con la predicación, la confesión y el catecismo.”¹

El 28 de marzo dejó Buenos Aires y fue a Montevideo para una visita oficial. Nada más llegar a la capital uruguaya, visitó a una de las familias benefactoras de la obra betharramita, los Jackson Hébert Buxareo. Su presencia es motivo de alegría para toda la comunidad y una oportunidad para hacer un poco de apostolado. *“Me pidieron algunos pequeños servicios: una alocución en español el 1er Viernes del mes, en la Iglesia de la Inmaculada Concepción; otra en la misma lengua para las Hermanas Dominicas y, finalmente, una homilía en francés para hoy, Domingo de la Pasión, en la iglesia de la residencia; todo eso, en un lenguaje muy básico, elaborado con dificultad y necesitado de una gran indulgencia. Acaso, ¿no estamos en el país de la generosidad y de la bondad?”²*

Toda la Semana Santa transcurrió en Montevideo. Tiene numerosos

compromisos en la iglesia. El 17 de abril, domingo de Pascua, presidió la solemne celebración en la iglesia de los vascos y predicó en francés. *“Canté la misa del Jueves Santo y del Viernes Santo, presidí el oficio y las Laudes de estas dos solemnidades, y prediqué en francés el día de la Pascua, delante de la multitud que abarrotaba la nave, y frente a los hombres que llenaban las vastas tribunas...”³*

En la tarde del 21 de abril, salió de Uruguay y regresó a Buenos Aires.

Las despedidas y el regreso a Francia

Se acerca la hora de partir. Hacia fines de abril, su hermano Máximo, con su esposa Lastenia y sus hijos mayores, llegaron de Tucumán para despedirse del P. Augusto. Para los dos hermanos será la última vez que se iban a encontrar.

La salida está prevista para el 5 de mayo a bordo del vapor “Brésil”. En Montevideo, toda la comunidad acude en masa a despedirse. El 10

1) Carta a P. Bourdenne, 22 de marzo de 1892.

2) Carta a P. Magendie, 3 de abril de 1892.

3) Carta a P. Estrate, 21 de abril de 1892.

de mayo llegó a Río de Janeiro, el 19 estuvo en Dakar, y finalmente el 26 llegó a Bordeau. Al día siguiente, a la una de la tarde, el P. Etchécopar llega en tren a Montaut: todos los betharramitas, los padres y los alumnos del colegio, están en la

estación para saludar el regreso de su Superior.

Concluyendo este largo viaje, resume en estas pocas líneas el significado de la visita y las impresiones que vivió en los diversos encuentros y reuniones que tuvo⁴:

4) Carta-diario, 10-18 de mayo de 1892.

“Llego desde lejos al final de mi viaje, junto a mis hijos. Dios sembró en mi corazón este proyecto; me permitió cumplirlo; ¡que su nombre sea bendito!”

“Quería ver con mis propios ojos esa obra de la que tan bien se hablaba, concebida por santos, fundada por santos, llevada adelante por el espíritu del P. Garicoïts y del P. Barbé. La vi; sí, lo que decían de ella era verdad. Sí, yo vi la obra de esos santos, la vi animada por el espíritu de esos santos, Dios me concedió esa gracia; ¡que sea mil veces bendito!”

“Quería animar a mis hijos en ese lugar de honor en el que muestran una tan grande e indefectible dedicación; y para ello, darles a conocer mejor al Padre común del cual todos provenimos, el P. Miguel Garicoïts, revelarles los tesoros de su inteligencia y las virtudes de su corazón, el heroísmo de su santidad, sobre todo poner a la luz las palabras, los hechos, los prodigios con los cuales se manifiesta a nuestros ojos su misión de fundador de nuestro pequeño instituto...”

“Finalmente, quería fortalecer más esos lazos de obediencia y de afecto, siempre fuertes, a pesar de la distancia; son los que constituyen la esencia, el mérito y la infinita dulzura de la vida sublime que hemos abrazado. ¿Será que lo logré?...” ■

“

Jesucristo quiere que vivamos y muramos en paz. “No se inquieten”, nos dice. Desde su venida, la paz está asegurada a toda alma de buena voluntad. ¿Acaso no lo cantaron los ángeles en el pesebre de Belén? Gloria a Dios y paz a los hombres de buena voluntad. Para éstos, la salvación está asegurada.

”

(San Miguel Garicoïts, *Doctrina Espiritual* § 77)



Societas Sacratissimi
C o r d i s J e s u

Belharra